

## Juan 11:28-44

“Habiendo dicho esto, fue y llamó a María su hermana, diciéndole en secreto: —El Maestro está aquí, y te llama. Ella, cuando lo oyó, se levantó de prisa y fue a él. Jesús todavía no había entrado en la aldea, sino que estaba en el lugar donde Marta lo había encontrado. Entonces los judíos que estaban en casa con ella y la consolaban, cuando vieron que María se había levantado de prisa y había salido, la siguieron, diciendo: —Va al sepulcro, a llorar allí. María, cuando llegó a donde estaba Jesús, al verlo, se postró a sus pies, diciéndole: —Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano. Jesús entonces, al verla llorando y a los judíos que la acompañaban, también llorando, se estremeció en espíritu y se conmovió, y preguntó: —¿Dónde lo pusisteis? Le dijeron: —Señor, ven y ve. Jesús lloró. Dijeron entonces los judíos: — ¡Mirad cuánto lo amaba! Y algunos de ellos dijeron: —¿No podía este, que abrió los ojos al ciego, haber hecho también que Lázaro no muriera? Jesús, profundamente conmovido otra vez, vino al sepulcro. Era una cueva y tenía una piedra puesta encima. Dijo Jesús: —Quitad la piedra. Marta, la hermana del que había muerto, le dijo: —Señor, hiede ya, porque lleva cuatro días. Jesús le dijo: —¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios? Entonces quitaron la piedra de donde había sido puesto el muerto. Y Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo: —Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sé que siempre me oyes; pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que tú me has enviado. Y habiendo dicho esto, clamó a gran voz: —¡Lázaro, ven fuera! Y el que había muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: —Desatadlo y dejadlo ir.” (John 11:28–44)

¿Han sentido de vez en cuando que Dios no está muy cerca a nosotros? ¿Que no sabe nada de nuestros problemas? Hay muchos que creen que hay un Dios, pero que no tiene nada que ver con la vida ordinaria en esta tierra. Sienten solos en sus aflicciones y problemas, como si no hubiera ninguna ayuda posible para ellos. Como si Dios

nunca hubiera venido a esta tierra para compartir nuestra humanidad y sufrimiento.

No son solamente los incrédulos que sienten así, la tribulación muy frecuentemente tiene este resultado, que estamos tentados en nuestro dolor y tristeza a olvidar a Dios, mirar no más a nuestros problemas, a nosotros mismos y no al único que puede ayudarnos y darnos consuelo en nuestras aflicciones. Creo que esto pasa con todos nosotros, así que todos nosotros necesitamos el mensaje de nuestro texto de hoy, una lección en **CÓMO CRISTO MOSTRÓ SU VERDADERA HUMANIDAD Y PODER DIVINO**. Veremos que Cristo mostró su humanidad con sus emociones y fe, y que mostró su poder divino en el cumplimiento de su palabra en cosas imposibles para meros humanos.

Todavía en nuestro texto de hoy continuamos de oír de Marta y María. Pero ahora el punto focal cambia de las acciones y reacciones de Marta y María a Jesús mismo. Nos acordamos la confesión de Marta de la semana pasada! "Sí Señor; Yo he creído que tu eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo. Continuamos con el texto de hoy: "Habiendo dicho esto fue y llamo a María su hermana, diciéndole en secreto: El Maestro está aquí y te llama. Ella cuando lo oyó se levantó de prisa y vino a él." María no había olvidado a su querido Salvador tampoco. Al oír que estaba presente, ella también fue para saludarlo. María también mantuvo su devoción a su maestro y Salvador.

"Entonces los judíos que estaban en casa con ella y la consolaban cuando vieron que María se había levantado de prisa y había salido, la siguieron: Va al sepulcro a llorar allí". Marta le había hablado en voz baja sobre la llegada de Cristo, así que los judíos no habían oído. Cristo hubiera preferido estar solo con su amado discípulo, pero los judíos incrédulos también iban a estar presentes en este encuentro entre Jesús y María.

María, cuando llegó a donde estaba Jesús, al verle se postró a sus pies, diciéndole: Señor, si hubieses estado aquí, no habría muerto mi hermano. Parece que en los cuatro días en que Lázaro estaba muerto, las hermanas habían expresado esto muchas veces, porque las dos usaron las mismas palabras al encontrar a Jesús. Con Marta, Jesús con sus palabras trataba de fortalecer su fe. Pero con María, los judíos estando presentes, Jesús reaccionó un poco diferente. "Jesús, entonces; al verla llorando, y a los judíos que la acompañaban, también llorando, se estremeció en espíritu y se conmovió." Estas son emociones verdaderamente humanas. Sintió una tristeza inmensa y una agitación

profunda del espíritu. Quiso hablar también a María palabras de consuelo, pero no quiso profanar este mensaje sagrado en presencia de estos judíos incrédulos, insinceros. Entonces, en lugar de palabras, siguió una acción decisiva.

"Y dijo: ¿Dónde le pusisteis? Le dijeron: Señor, ven y ve". Iba a ir al sepulcro donde quedaba Lázaro, pero primero otra vez Jesús sintió la emoción de esta ocasión tan triste. En tiempos tan llenos de dolor, de la muerte de un querido amigo o miembro de la familia, hasta los hombres más valientes no pueden aguantar sino empiezan a llorar. "Jesús lloró". Que humano parece aquí nuestro Señor, compartiendo todos los sentimientos de la raza humana igual como nosotros. En este versículo más corto de la Biblia, tenemos una de las visiones más claras de Jesús, el hombre, el humano, un verdadero hermano de nosotros.

Los judíos dijeron lo mismo que nosotros hubiéramos dicho, "Mirad cómo le amaba". Al ver a Jesús, tan lleno de dolor, llorando, tan emocionado, vieron a un hombre, un hombre que compartió el mismo dolor que sintieron ellos a la muerte de su amigo. Pero no todos reaccionaron así. "Y algunos de ellos dijeron: ¿No podría éste, que abrió los ojos al ciego, haber hecho también que Lázaro no muriera?"

¡Qué cinismo de estos otros judíos! Sólo buscaron acusaciones contra Jesús. Cuando sanó a un ciego, se quejaron, y cuando expulsó a los demonios, concluyeron que lo hizo con poder diabólico. Ahora que dejó a uno morir, se burlaron de él por no tener el poder para curar la enfermedad de Lázaro.

Pero aún con toda esta oposición nos muestra otra característica humana, pero de un humano perfecto. Quedó firme en la fe en su Padre. Así es que, como un hombre oraba a su Padre con toda confianza. "Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sabía que siempre me oyes; pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que tú me has enviado". Antes de orar, Jesús expresa confianza completa de que su Padre le oirá. Esta confianza en Dios, esta actitud de esperanza sin duda es lo que llamamos la fe, y Jesús en su naturaleza humana tenía la fe perfecta en su Padre.

¿Pero qué nos enseña esta lección de la humanidad de Jesús? Nos muestra otra vez que Cristo verdaderamente es nuestro hermano. Y así vemos que Dios no está lejos de nosotros, sino que vino a la tierra para compartir todos nuestros dolores, tristezas y sentimientos. Si nos sentimos solos algunas veces, si estamos tristes, podemos saber que Cristo experimentó todas

estas cosas. Cuando volvemos a él para pedir consuelo y ayuda, no vamos ante alguien indiferente y frío. Ha sentido lo que sentimos. Él sabe cómo nos sentimos y así quiere ayudarnos. A él le importa mucho nuestras enfermedades, dolores y tristezas. Cristo tiene misericordia, y lloró por Lázaro.

Pero también nos dejó un ejemplo para todo tiempo de dolor y adversidad. Nosotros también debemos tener la misma confianza de Jesús, confiando completamente las promesas de Dios de perdón y socorro. Si nuestras oraciones están basadas en la palabra de Dios, nosotros también podemos estar seguros antes de orar de que Dios nos contestará. Y así también en nuestro texto vemos que no oramos a un mero hombre, a un hombre sí que ha sentido todo lo que nosotros hemos sentido, pero sin pecado, sino también a una persona que tiene el poder divino para satisfacer todas nuestras necesidades.

"Jesús, profundamente conmovido otra vez, vino al sepulcro". Era una cueva, y tenía una puerta encima. "Dijo Jesús: Quitad la piedra. Marta, la hermana del que había muerto, le dijo: Señor, hiede ya, porque es de cuatro días". Marta había interpretado las palabras sobre la resurrección como teniendo referencia a la resurrección en el último día. Solamente pudo pensar en el hecho de que después de cuatro días habría mal olor si quitaran la piedra de la cueva.

"Jesús le dijo: ¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios? Entonces quitaron la piedra de donde había sido puesto el muerto". Sigue la oración, y entonces con todo su poder divino habló. "¡Lázaro, ven fuera!" Palabras sencillas, pero llenas de poder igual como esa otra ocasión cuando Dios habló: "Sea la luz; y fue la luz". Así como en la creación Dios habló, y así estaban hechas las cosas, ahora habló Cristo, y salió Lázaro de entre los muertos. "Y el que había muerto salió atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: Desatadle, y dejadle ir". Y así fue el milagro de la resurrección de Lázaro de entre los muertos por el poder divino de Jesucristo, nuestro Señor.

Como ya dijimos, Cristo es verdadero hombre, pero no mero hombre. Tiene todo el poder divino para cumplir todas las promesas y darnos todas nuestras necesidades. Así debemos orar y esperar en él, entonces, temer y amar a él y confiar en él sobre todas las cosas. Nuestro Señor es nuestro hermano. ¿Qué consuelo podría ser mejor? Amén.

